

# Bienvenida, Comisaria Ruiz

La periodista santanderina Berna González Harbour debuta en la novela con 'Verano en rojo'

## CAVEAT LECTOR

JAVIER MENÉNDEZ LLAMAZARES



El primero en llamar la atención sobre 'Verano en rojo', la primera novela de Berna González Harbour (Santander, 1965) fue Jesús Cabezón, quien, además de poeta, es un consumado degustador de novela negra española. El gancho, en este caso, era doble: el tirón de la autora, una reconocida periodista, subdirectora del diario El País y colaboradora de la Cadena SER, y por otro, la ambientación en Cantabria.

Las expectativas, sin embargo, no resultaban espectaculares. Si el éxito de una pieza policiaca se basa en respetar escrupulosamente las reglas del género, esta novela parecía ajustarse como un guante: un crimen sin pistas -un joven de 17 años aparece ahogado en un estanque madrileño de apenas setenta centímetros de profundidad, que resulta ser de Santander-, falsas apariencias -el chico perfecto resulta estar envuelto en una

oscura trama de pornografía y abusos a menores-, corrupción -en este caso, en el mundo clerical- y sordidez -aportada por la crisis en que vivimos, cortesía de los insondables mercados y la política de gestión-. Todo aliñado, desde luego, con las necesarias dosis de lenguaje soez y fina ironía a raudales.

### Adictiva

Los apriorismos, sin embargo, terminan en cuanto se abre la novela. Y es que, a pesar de la prevención inicial, y algunos detalles propios de todo debut, el relato funciona. Y lo hace de tal modo, que este lector no advirtió el fin de su trayecto en tren, absorbo en el texto. Para empezar, la contextualización no puede resultar más atinada: la tecnología se imbrica con las vidas de unos personajes que, a fuerza de posibilidades de contacto social, se ahogan en soledad. Y tedio, cómo no. En la compleja etapa vital de la adolescencia tardía, la autora fabula los devaneos por el lado salvaje de un adorable joven que cambia su familia desestructurada por una homosexualidad semicandestina y una peligrosa relación con personajes apariencia beatífica y trasfondo más que sombrío.

Para ello, González Harbour opta por un lenguaje directo, y a pesar de recurrir al narrador omnisciente, la focaliza-

ción va cambiando al apuntar a los diferentes personajes, separando claramente las secciones con espacios en blanco. Esta técnica consigue dotar al relato de agilidad y viveza, dándonos la impresión de contar con una visión poliédrica que, en realidad, la autora nos dosifica sabiamente. A su favor: pese a la extraordinaria cantidad de personajes que entran y salen de la trama, no se pierde el hilo de la narración. En el debe: el exceso de excursos, y de datos superfluos; no precisamos tanta información de todos los personajes, ni tampoco es trascendente saber qué visten de la cabeza a los pies, y quizás tampoco las marcas concretas.

### Contexto

El retrato de Cantabria como escenario resulta idóneo para el género negro: una ciudad cuyas cuevas aparecen plagadas de tristes bloques de vi-



### VERANO EN ROJO

Autora: Berna González Harbour. Novela policiaca. Editorial: RBA. 352 páginas, 2012. Precio: 19 euros



González Harbour presentó ayer la edición en la librería Gil de Santander. ■ ROBERTO RUIZ

viendas de los años 70, con las bombonas de butano colgando por fuera, «el infierno de las barriadas del extrarradio de Santander». Hasta Oyambre y su pájaro amarillo tienen un rinconcito reservado en este texto. Especialmente memorable resulta la comparación entre la campaña inglesa y la 'mampostería' santanderina. En lo temporal, el mundial de Sudáfrica y el éxito de 'la Roja' se cuela por todas partes, hasta en el título.

### La protagonista

El gran hallazgo, desde luego, es el personaje central, la comisaria María Ruiz. Con cuentagotas, la autora va salpicando datos que dibujan a esta extraordinaria mujer, una psicóloga policial reconvertida en inspectora, que combina a partes iguales eficacia y atractivo. Menuda y reconcentrada, férrea con su dieta

y pendiente de 'trabajar' su cuerpo, la revolución de feromonas que provoca en todos los machos con los que se cruza facilitan su tarea, pues quedan embobados preguntándose si realmente una mujer así puede estar al frente de una brigada compuesta fundamentalmente por varones.

Pasando por alto el tópico del machismo latente -tampoco estaría de más preguntarse si produciría el mismo efecto de incredulidad el encontrar en el mismo puesto a un hombre de tanto sex-appeal y tan preocupado por su aspecto, y si más que de prejuicios de género estaríamos hablando de otro tipo de presupuesto popular, más cercanos a la incompatibilidad entre inteligencia y belleza-, esta misteriosa investigadora, que prefiere olvidar los más oscuros detalles de su pasado y se defiende como puede de los

constantemente de conquista de todos lo que le rodean, logra con creces el propósito de su autora de captar el interés del lector; su figura enigmática, poco dada a la empatía, sus modales voluntariamente rudos y su inteligente perspicacia consiguen ganar a un lector que termina la novela pidiendo más.

### Guiños

También abundan en la novela los guiños cómplices, que no pueden sino divertir al lector al encontrarse a un comisario tan literario que se llama Carlos Fuentes, o a un redactor jefe apellidado Quevedo. Con ese punto de partida, no puede el lector evitar preguntarse si habrá más claves ocultas detrás de otros nombres como el de Winston Enrique, o el de la víctima, el santanderino Alejandro S. Gandarillas.